

ra que se accediese á la propuesta, otorgándose finalmente á los dos mozárabes lo que pedían.

El templo entonces volvió á manos de los sacerdotes de Cristo, no habiendo conservado de los moros como recuerdo mas que el nombre, así como conservaba de los godos parte del edificio y de los romanos la tradicion.

Desde entonces, la Rabida desaparece, arrastrando una vida oscura en su mision de templo cristiano, hasta que la volvemos á encontrar á fines del siglo XIII en manos de unos ilustres y célebres huéspedes.

Los Templarios.

Los Templarios! Hé ahí un nombre que conserva gratos recuerdos, un nombre que brilla esplendente en la historia de la guerra, en la de la civilizacion de los pueblos, en la de nuestra época caballerésca y tambien en la de las comunidades religiosas.

Ya que es así, ya que hemos tropezado con ellos, ya que cumple asimismo al objeto de esta obra, digamos algo de los Templarios.

Con decirlo llenaremos un vacío que á no ser así se encontraría en estas páginas: cumpliremos con un deber respecto á la tarea que nos hemos impuesto y satisfaremos un deseo del corazón.

IV.

LOS TEMPLARIOS.

CUANDO mas en su fuerza y vigor estaba el sistema feudal, cuando mas fieros estaban los nobles en el interior de sus castillos cuyas puertas guardaban

constantemente sus soldados y su verdugo, empezó á correr como rumor valido entre el pueblo que llegados eran los mil años mencionados en el capítulo veinte de las revelaciones, y que de un momento á otro deberia aparecer para juzgar al mundo el Cristo en la Palestina.

Esto hizo que se emprendieran innumerables peregrinaciones á los lugares santos, donde habia ido hasta entonces solo de cuando en cuando algun pobre romero lleno de fé ó algun poderoso noble á quien, por algun grave pecado, le ordenara una peregrinacion al oriente el representante de Cristo en la tierra.

A la vuelta de su largo viaje, quejábanse amargamente los peregrinos de los malos tratamientos de los infieles y de la profanacion de los lugares en que cumplido se habian los misterios del cristianismo.

Sucedió entonces que un pobre monje que vivia solitario, lejos del mundo y de su vana pompa, vistió el sayal de peregrino, empuñó el bordon y quiso ir á orar sobre el sepulcro de Cristo.

Mucho tiempo permaneció ausente, y cuando volvió, el espíritu de Dios le habia iluminado.

Fué de pueblo en pueblo, de castillo en castillo, de casa en casa, de reino en reino, y todos escuchaban con transporte sus palabras, y todos empezaron á mirarle como un enviado de la Providencia. Predicaba una cruzada á la tierra santa, y el papa, los soberanos, los señores, los pueblos se sentian arrastrados por su palabra.

Dijoles que se levantaran y se levantarón, que se armaran y se armaron, que partieran y partieron.

Fijo su pensamiento en la redencion de los lugares santos, huestes enteras partieron guiadas por el eremita en pos del triunfo ó del martirio, en busca del sepulcro donde yaciera el Salvador del mundo.

Este hombre que así ponía cara á cara una civilizacion con otra, que arrojaba el Oriente sobre el Occidente, era Pedro el ermitaño.

Mientras los primeros cruzados atravesaban la Alemania, el imperio griego é iban á dispersarse y á morir en el Asia menor, la nobleza feudal partía á las órdenes de Godofredo de Bouillon llevando en su valor, en su ardimiento y en su decision el germen de la victoria.

Esta sonrió á todo aquel puñado de héroes y coronó sus estandartes que victoriosos tremolaron en la santa Jerusalem.

Fué una gran epopeya que ha tenido ya su gran cantor en el infeliz amante de la duquesa de Ferrara.

Veinte años se habían pasado apenas desde el día en que el decidido Godofredo clavó el pendon de la cruz sobre los torreones de la ciudad santa, veinte años y sin embargo el fruto de sus victorias se había perdido en cierto modo, porque los cruzados podían apenas salir del circuito de la ciudad por cuyos alrededores vagaban día y noche bandadas de sectarios del Alcoran, olfateando la presa y arrojándose como manadas de hambrientos tigres sobre el descuidado guerrero ó sobre el pobre peregrino que encaminaba sus pasos al teatro de la gloria sublime del Salvador de los hombres.

Entonces fué cuando lo que no habían podido alcanzar grandes soberanos teniendo en su mano toda clase de medios y de recursos, llegó á realizarlo un solo hombre sin mas riquezas que su espada. Este hombre fué Hugo de Paganis, ayudado por Godofredo de Sante-Omer y otros siete compañeros.

Presentáronse al Patriarca haciendo en sus manos voto de religion y consagrándose al servicio de Dios en forma de canónigos seglares. Hicieron tambien voto de guardar el santo Sepulcro y las avenidas de Jerusalem, y dióles Balduino II una casa cerca del templo de Salomon, por cuyo motivo se llamaron desde entonces *hermanos de la milicia del temple, caballeros del temple y templarios*. Adoptaron una regla comun y vistieron un largo hábito blanco con una cruz encarnada, su estandarte era negro y blanco, emblema de la muerte y de la vida, la muerte de los infieles y la salud de los cristianos.

Los nuevos frailes soldados, llenos de ardor y celo, comenzaron prestando grandes y notables servicios á la causa de la cristiandad; la fama de sus multiplicadas hazañas llegó á noticia de todos los estados, y muchos fueron los caballeros que corrieron á alistarse bajo unas banderas que siempre coronaba la victoria.

Pedro el venerable escribía en aquel tiempo con motivo de la nueva orden:

«Viven en agradable sociedad però frugal, sin mugeres, sin hijos, sin tener nada propio, ni aun la voluntad. Jamás están ociosos ni diseminados por fuera de la casa; cuando no marchan contra los infieles, reparan sus armas y los arneses de sus caballos, ó se ocupan en ejercicios piadosos por orden de su gefe. Una palabra insolente, una conducta desarreglada, la menor murmuración, sufre siempre una corrección severa; detestan los juegos de azar, no se permiten la caza ni las visitas inútiles, miran con horror los espectáculos, los bufones, los discursos y chanzas demasiado libres; rara vez se bañan, son por lo regular descuidados y tienen el rostro abrasado por el calor del sol y una mirada fiera: próximos al combate, se arman de fe por dentro y de hierro por fuera.»

Grande loor se les debe. Por ellos se vió asegurada la independenciam de Jerusalem, abrieron el hospital del santo Sepulcro á los enfermos, á los pobres y á los peregrinos, y por fin, gracias á esa infatigable y denodada milicia monástica, la táctica y armamento militar fueron por fortuna modificados, la guerra llegó á ser menos inhumana, y el derecho de gentes cesó de parecerse, en la tierra de los infieles, al derecho del mas fuerte interpretado por la fé púnica.

Terminadas las cruzadas, los Templarios regresaron á Europa donde fué confirmada su orden por el concilio de Troyes, dándoles Honorio II una regla redactada por san Bernardo y la siguiente fórmula de juramento:

«— Juro consagrar mis palabras, mis armas, mis fuerzas y mi vida, á la defensa de los misterios de la fe y de la unidad de Dios, y obedecer al gran maestre, y cuando sea preciso, pasaré los mares para ir á combatir los reyes y príncipes infieles; no huiré nunca delante de tres enemigos, y solo contra los tres, los batiré si son herejes.»

Su estandarte contenía esa bella y poética súplica: *Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam!* Y su sello llevaba esta inscripcion: *Sigillum militam Christi.*

Al hallarse en Europa, la orden del Temple, que había hecho voto de pobreza, instituyó ricas encomiendas en Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y Sicilia; y poseyó muy luego diez mil casas, de modo que esos *pobres hermanos* de Jerusalem, dice un contemporáneo, no tardaron en olvidar el tiempo en que les era necesario montar dos en un caballo.

El primer capítulo de la orden de los Templarios tuvo lugar en París el 27 de Abril de 1147, en el reinado de Luis el Joven, cuya solemne asamblea, en que figuraban ciento treinta caballeros, fué presidida por el papa Eugenio III, asistiendo tambien el rey de Francia.

Dejemos por un momento á los Templarios de los demás puntos, dejémosles crecer como la espuma, y concretándonos á los de nuestro pais, sigamos los progresos de la cristiana milicia en España.

Entre los caballeros que en Jerusalem habían corrido á agruparse bajo las banderas del Temple, los había españoles, y como en su nacion se sostenía igual guerra contra los enemigos del cristianismo, no bien hubieron tenido ingreso en la orden, tornaron á la península en busca de combates donde sustentar el juramento que habían hecho, y sea que el nuevo hábito y las hazañas de sus compañeros les infundiesen valor, ejecutaron tales proezas que admirados los reyes todos que en aquel entonces se dividían la España cristiana, no

podieron menos de concederles varios de los lugares que ellos arrancaban al poder de los árabes. Véase si fué grande el agradecimiento que les conservó Don Alonso el batallador rey de Aragon, que estando poniendo cerco á Bayona el año 1119, ordenó su testamento dejando la sucesion de sus reinos á los caballeros Templarios, juntamente con otras dos órdenes religiosas.

A la muerte de Don Alonso en la tan famosa como desgraciada batalla de Fraga, negáronse los aragoneses á dar cumplimiento á una disposicion que echaba por tierra los celebrados fueros de Sobrarbe, adquiridos á costa de tanta sangre, y ofrecieron la corona á Don Pedro de Atarés, señor de Borja que la rehusó, viniendo por fin á ornar las sienes de Ramiro el monge.

Los Templarios renunciaron de su derecho recibiendo en cambio algunos pueblos y castillos y un tributo.

Hermoso es seguir la historia de esta orden en Aragon. El conde Don Ramon Berenguer de Barcelona sucesor de Ramiro en el trono de Aragon, viste el hábito del Temple profesando solemnemente y haciéndoles donacion del castillo de Monzon y de otros castillos y pueblos. Vemos luego á esta milicia acompañar á Don Alonso II *el casto* en las conquistas de Algas, Mataraña, Guadalalob, Calanda, Martin Alambra, Caspe y otros pueblos, en las campañas de 1168, dándoles en premio á sus servicios la tercera parte de la ciudad de Tortosa y la quinta de la de Lérida, las villas y castillos de Alambra, Orriós y la Peña de Ruy Diaz en presencia de los maestros provinciales de Francia y Provenza, Fray Gilberto Haral y Arnaldo de Claramonte.

En 1198 el Aragon era presa de guerra civil y los caballeros del Temple, condolidos de las calamidades que aquello reportaba, mediaban entre los dos bandos y felizmente terminaban las disensiones en Daroca.

En 1210 les vemos ganar tres castillos á los moros de Valencia, Aldamar, Castelfavib y Sertella.

Mas tarde dejan momentáneamente de presentársenos como guerreros y se nos ofrecen como dignos y sabios institutores, pues vemos crecer á un niño rey, cuya vida no podia salvarse mas que á costa de su libertad, bajo el cuidado y tutela de D. Guillen de Monredon, maestro provincial del Temple en Aragon. Y cuenta que ese niño que debió su primera instruccion á los Templarios, que ese rey que se crió en los apartamentos del castillo de Monzon, era nada menos que Don Jaime I, el que merecer debia despues el nombre de *conquistador*. Apenas jurado en Lérida á la edad de seis años, se fió su persona al ilustre maestro del Temple y á la seguridad de su castillo para ponerle en salvo de sus ambiciosos tíos que hacian estremecer el reino con los clamores

de sus bandos. Luego que Don Jaime se salió del castillo como se lanza un aguilucho del nido, luego que dió principio á sus famosas é incansables campañas, los Templarios fueron los que primero se agruparon bajo los pliegues del pendon real y prestaron servicios de cuantía en las conquistas de Mallorca y de Valencia regando con su sangre los campos de batalla.

Mientras esto hacian los de Aragon, no les iban en zaga los de Castilla. Así que vieron estos establecida su orden, empezaron sin descanso la guerra contra los infieles acompañando á Don Alonso VIII en la toma de Cuenca, y decidiendo la famosa batalla de las Navas el valor del maestro Don Gomez Ramirez. El santo rey Don Fernando queriendo premiar sus señalados servicios en la toma de Sevilla, les donó la villa de Frexenal y varios pueblos sobre cuya posesion tuvieron que sostenerse grandes pleitos. Tambien en Castilla sirvieron de intermediarios para arreglar las diferencias que tenian Don Jaime de Aragon y Don Alonso el sabio, promovidas por haber este puesto sitio á Játiva, y lograron terminarlas felizmente.

Cuando la ciudad de Niebla con todo su condado cayó en poder del mismo Don Alonso, tomaron los caballeros Templarios posesion de algunos castillos y ciudades en el territorio conquistado de los sarracenos, y se apoderaron entonces de la Rabida, cuya situacion era sumamente favorable al género de guerra conocida en aquella época. Con los nuevos dominadores, como dice un escritor, adquirió otro aspecto el *lugar solitario y sagrado* de los musulmanes y el sosegado templo de los cristianos. Agregáronsele nuevos departamentos, que llevaron desde luego el carácter de una casa fuerte, cuyas almenas manifestaban que era morada de guerreros, y al pacífico culto de la religion vinieron á mezclarse el estruendo de las armas y el relincho de los caballos.

Por aquella época se habia levantado en Badajoz una gran contienda entre los portugueses que allí habia y el linaje de los bejorranos, contienda que tenia en alarma á todo el pais y que se propuso terminar y terminó el maestro del Temple derrotando á los rebeldes.

Mientras tanto el Portugal, que habia tambien dado espléndida hospitalidad á los caballeros Templarios, les veia ser los primeros en las contiendas y batallas ganando buenamente con sus servicios y con la punta de su espada las villas y castillos que entraban á poseer.

En el interin, los Templarios de Francia llegaban á un grado de poder extraordinario. Protejidos los de Paris por fortalezas, murallas almenadas, puentes levadizos, torres y fosos, ejercieron por espacio de mas de cien años, dentro la cerca del Temple, una verdadera soberanía. Tenian el derecho de

horca y cuchillo. Su cadalso se levantaba en el patio de su castillo, solo dependían del gran maestro, y oponían á los reyes de Francia las prerogativas y abusos de su jurisdicción soberana. Asistían á todas las guerras, tenían parte en todas las negociaciones y empresas políticas, poseían las mejores fincas del reino, sin esceptuar los dominios del rey, y explotaban el comercio de granos. Los tesoros y privilegios de Luis IX, Felipe el Atrevido y aun Felipe el Hermoso, se confiaron muchas veces á las armas de los caballeros del Temple, y tal era el esplendor de la casa de los Templarios, que un rey de Inglaterra, durante su permanencia en París, prefirió aquella magnífica morada al palacio real (1).

Gozaban los caballeros del Temple todas sus prerogativas y disfrutaban pacíficamente de sus riquezas, cuando comenzó en Francia á elevarse un rumor general. Grandes y pequeños se unieron para imputar á los Templarios la insolencia, el orgullo, la gula, la lujuria, toda especie de vicios y de crímenes. Felipe el Hermoso, que se había irritado por atreverse á disputarle los Templarios la autoridad suprema, recojió cuidadosamente todas esas imputaciones, acusaciones y preocupaciones populares, á fin de que le sirviesen de pretexto para un procedimiento religioso y político contra el poder de la orden del Temple. Así es que en 1305 propuso Felipe al Papa Clemente V la abolición de la orden del Temple.

Clemente reunió un concilio, y todos los delitos que se imputaba á los Templarios salieron á relucir en él. Decían de ellos, — es el historiador Mariana quien habla, — que lo primero que hacían cuando entraban en aquella religión, era renegar de Cristo y de la Virgen su madre y de todos los santos y santas del cielo: negaban que por Cristo habían de ser salvos, y que fuese Dios; decían que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte; ensuciaban la señal de la cruz y la imagen de Cristo con saliva, con orina y con los piés, en especial, porque fuese mayor el vituperio y afrenta, en aquel sagrado tiempo de la semana santa cuando el pueblo cristiano con tanta veneración celebra la memoria de la pasión y muerte de Cristo; que en la santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo, el cual y los demás sacramentos de la santa madre Iglesia los negaban y repudiaban; los sacerdotes de aquella religión no proferían las sagradas palabras de la consagración cuando parecía que decían misa, porque decían que eran cosas ficticias é invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno; que el maestro general de su religión y todos los demás comendadores que presidían en cualquier casa ó con-

(1) Alfonso Brot.

vento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenían potestad de perdonar todos los pecados. Solía venir un gato á sus juntas; á este acostumbraban arrodillarse y hacerle gran veneración como cosa venida del cielo y llena de divinidad; ultra desto tenían un ídolo, unas veces de tres cabezas, otras de una sola, algunas también con una calavera, y cubierta de una piel de un hombre muerto; deste reconocían las riquezas, la salud y todos los demás bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones á este ídolo, y como cosa sagrada los traían revueltos al cuerpo por devoción, y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando, hacían y padecían indiferentemente; besábanse los unos á los otros las partes más sucias y pudendas de sus cuerpos; seguían sus apetitos sin diferencia, y esto con color de honestidad, como cosa concedida por derecho y conforme á razón.

Tales fueron — y espanta en verdad leerlos — los monstruosos cargos que se hicieron á los nobles caballeros.

«Felipe el Hermoso les dió... ó quiso darles crédito.

«Clemente V cerró... ó quiso cerrar los ojos.

«Entonces...

Pero aquí reclamaremos otra autoridad y dejaremos que hable por nosotros M. Raynouard:

«El 13 de octubre de 1307 prenden en París en el palacio del Temple, al gran maestro y á ciento treinta y nueve caballeros.

«Apodéranse de sus bienes y riquezas.

«El rey ocupa su palacio.

«El mismo día prenden á los demás caballeros que había en Francia.

«El rey publica un acto de acusación calificándolos de *lobos rapaces*, de *sociedad perversa*, *idólatra*, *cuyas obras y palabras solamente bastan para manchar la tierra é infestar el aire...*

«Los frailes, comisionados al efecto, predicán al pueblo contra esos proceritos.

«Cárganlos de cadenas. El inquisidor Guillermo de París les toma declaración, los pone incomunicados y priva hasta de lo necesario á aquellos guerreros que por sus privilegios y su fortuna se igualaban poco antes con los príncipes.

«Se les niegan los auxilios espirituales, bajo pretexto de que siendo herejes, se han hecho indignos de participar de ellos.

«Veinte y seis príncipes ó grandes de la corte de Felipe el Hermoso se declaran sus acusadores.

«Los arzobispos, abades, capítulos, municipalidades, villas y castillos se adhieren.

«El rey y el papa consiguen de varios príncipes hacer sufrir á los Templarios en los demás estados de Europa la misma suerte que en Francia.

«El papa lanza una bula de excomunion contra todas las personas que ausilien, socorran, oculten ó aconsejen á aquellos desgraciados.

«Se promete la vida, la libertad y fortuna á los caballeros que confiesen los crímenes imputados á la orden.

«Para obligarlos á ello, les presentan cartas supuestas del gran maestre en que son invitados á hacer esta confesion.

«Cuando resisten á todo género de seducciones, se les pone en el tormento para arrancarles la confesion; y si se retractan, despues que ha pasado el dolor se les juzga herejes y relapsos y se les condena á muerte, no por haber cometido los crímenes de que los acusan, sino por haber revocado sus confesiones.

«El odio y animosidad son tales, que desentierran y queman los huesos de los Templarios que murieron antes de la acusacion.»

Así se espresa el autor citado y con él todos los que la historia de los Templarios han escrito.

Pobres sacerdotes soldados!

Habian nacido como cristianos, habian combatido como héroes, se les queria hacer desaparecer del mundo como mártires.

El proceso de la orden empezado á fines de 1307 no concluyó hasta seis años despues.

No podemos resistir el deseo de poner aquí una escena de este proceso.

El gran maestre Jacobo de Molay habia sido hundido como un miserable en el fondo de un calabozo, se le habia cargado de cadenas como á un criminal, se le habia puesto una mordaza como á un asesino.

Una noche el inquisidor general de París penetró en su prision y le dijo que le siguiera. Se le quitó la mordaza, se le quitaron los hierros de los piés, pero le dejaron las cadenas de las manos.

Jacobo de Molay fué siguiendo al inquisidor quien le condujo á presencia del rey y del legado del papa.

El ilustre desgraciado, al verse en su presencia, se quedó en pié y removió solo sus cadenas para que su ruido siniestro protestara mejor de lo que podia hacer su voz contra la iniquidad de que él y los suyos eran víctimas.

Felipe empezó á hacerle preguntas sobre los cargos que se les imputaban, á todas contestó el gran maestre firme, enérgica y dignamente. En seguida,

cuando ya se concluía el interrogatorio, Jacobo de Molay con una serenidad de que no abundan por cierto los ejemplos, reasumió toda su defensa espresándose en estos términos:

— Os habeis portado indignamente, señor rey, indignamente contra unos caballeros cuya orden salió del sepulcro del Salvador; contra unos caballeros que monjes y soldados á la vez han dado hartas muestras á la cristiandad de su caridad como sacerdotes, de su valor como guerreros. Señor, habeis violado en contra nuestra todas las formas legales y establecidas, nos habeis juzgado y sentenciado sin previo juicio; nos habeis hecho prender como ovejas que llevan al matadero; nos habeis robado nuestros bienes y nuestros palacios para hundirnos en cárceles horribles y darnos á comer el pan de los desterrados; nos habeis hecho sufrir toda clase de torturas; á fuerza de martirizarles habeis obligado á muchos Templarios á prestar contra sí mismos falsos juramentos que no son válidos por lo mismo que son arrancados por el dolor. Todo esto es indigno, es inhumano, es injusto! Estamos prontos á sostener y probar nuestra completa inocencia, de palabra y de hecho, y por todos los medios posibles. Pedimos por lo mismo comparecer ante un concilio general. Todo lo que se nos imputa es falso, falso de toda falsedad é indigno de toda indignidad. Nuestra orden está pura y sin mancha, jamás ha sido culpable de los crímenes que se le imputan, y los que han dicho ó dicen lo contrario, son falsos cristianos ó herejes. Nuestra creencia es la de toda la Iglesia; hacemos voto de pobreza, de obediencia, de castidad y de servicio militar para la defensa de la religion contra los infieles. He dicho (1).

Así se espresó el digno y valiente sacerdote. Verdad es que Jacobo de Molay no tardó en retractarse de ello en el tormento cuyos dolores y sufrimientos no pudo resistir haciéndole deponer falsamente contra su orden en medio de los ayes que le hacian arrojar las clavijas penetrando sañudas en su carne, pero tambien es cierto que al marchar pocos dias mas tarde á la hoguera, repitió ante el pueblo la solemne justificacion que habia dirigido al monarca.

El 14 de marzo de 1314 la hoguera estaba dispuesta esperando á Jacobo de Molay y á sus compañeros. A ella marcharon resueltos, decididos, impávidos. En ella murieron como cristianos, como héroes, como mártires.

En el instante de ir á ser envuelto por las llamas, y en el momento en que le decian que seria perdonado como públicamente demandara perdon, Jacobo de Molay dirigió la pablaba al pueblo en estos términos:

(1) Proceso de los Templarios.